

—¿Quién, yo?—preguntó mi amigo, tocándose con el índice de la izquierda la solapa de la americana.—¿Casaca a mí, al hijo de mi padre? ¡Quiá, hombre! Por lo mismo que se trata de una mujer ilustrada, instruída, superior a su sexo, ¿crees que preguntará si voy con buen fin? ¡Dios nos libre! Mó y yo somos dos amigos... vamos... dos que se gustan, que se dan paseitos juntos por las afueras y que se irán algún domingo de excursión a Alcalá o al Escorial.. ¡Pero de esto a lo otro! ¡A la Vicaría! ¡Qué desatino, chacho! Ella vive y se las arregla; yo estoy en camino de conquistarme también mi posición; no tengo nada de Quijote ni de visionario; por lo tanto, figúrate si he de caer en ese pozo.

—¿Entras en la casa?—pregunté.

—Todavía no—respondió mi amigo con cierto embarazo.

—¿Pero vas a entrar?

—¡Ah! Sí; no habrá más remedio... Pero en concepto de amigo de Mó solamente. Nada de noviazgos oficiales. Así se lo he dicho a ella, y está enteramente conforme. En su casa tampoco hacen preguntas indiscretas, ni extrañarán que lleve presentado a un amigo, a tomar te. Son otras costumbres, más fáciles y racionales que las nuestras. Después que me presenten a mí, te llevo a ti un día. Debe de ser una casa patriarcal.

—¿Conque excursioncitas? Ahora veo la razón práctica de los cuatro duros menos una peseta del apóstoso—dije a Portal, paratirarle más de la lengua.

Lo conseguí. Continuó hablándome de su aventura y de los méritos de la señorita Mó, la cual era un estuche de habilidades: pintaba a la acuarela, tocaba el piano, escribía *impresiones*, bordaba y hasta sabía levantar mapas—mapas, no es broma.—Era visible que mi amigo estaba en ese período en que las naturalezas más egoístas que altruistas ceden al sortilegio de creer en el

amor y experimentan una plenitud vanidosa que se parece muchísimo al verdadero entusiasmo. De repente torció la conversación, y me dijo con misterio:

—La Belén me ha preguntado más de diez veces por tí. Hasta ofreció una misa a no sé qué Virgen, para que te sanara. ¡Pilletel... ¡Qué fortuna! Haz, haz remilgos. V... ¿y tu tío Felipe? ¿Qué tal se ha portado mientras duró la enfermedad? Explícame eso, que será curioso. ¿No ha sacado el Cristo de los celos? ¡Si vieses cuánto me extraña que ya no tengas desazones por ese motivo!

—Ninguna—contesté sombríamente.—Admírate. En mi opinión, ese hombre está cansado de su mujer, y hasta creo que arrepentido de su boda.

¡Chist! ¡Baja la voz! No hablemos aquí de eso!—suplicó mi cauteloso amigo.—Hacemos muy mal en tocar siquiera la conversación. Si no se enteran ellos, pueden enterarse la cocinera o el criado, y peor que peor. Veo que este intríngulis toma nueva faz... El primer día que te permitan salir charlaremos.

II

El día llegó por sus pasos contados, después de los trámites inevitables de toda convalecencia: el ala de pollo, devorada con placer y golosina; el sopicaldo frecuente; los paseos por la casa, con el mismo gusto que si fuesen algún viaje por países hermosísimos; y después de ejecutar tantas acciones indiferentes con la ilusión que ya no producen cuando son actos de la vida diaria, el *alta*, el regreso al mundo de los sanos, que, en vez de júbilo, causa inexplicable melancolía, análoga quizá a la del navegante que después de haberse acercado al puerto seguro, se arroja al Océano otra vez.

Permitiéronme salir a la calle embozado en mi capita, a las horas de sol, de ese generoso luminar madrileño, alivio de los achacosos, alegría de los vagos y consuelo de los tristes. Una mano desconocida, sin duda la piadosa diestra de la títí, había descolgado de la pared de mi cuarto el espejo, para impedirme que comprobase lo que los médicos llaman el *hábito exterior* de la enfermedad. Con el alta volvió el espejo a su clavo, y cuando me vestía, pude echar una ojeada a mi *coram vobis*. La ropa me revelaba que había pegado un estirón, y la azogada luna me dió otra noticia más sorprendente, demostrándome que se había cumplido el ciclo de mi desarrollo físico y realizándose la plenitud de mi sér. Una especie de vegetación suave, pero tupida, me guarnecía el menton, dando a mi fisonomía aspecto tan singular, que apenas me reconocí. ¡Barba, Dios mío, barba! ¡El signo de la dignidad viril; el noble atributo de la hombría de bien; el fenómeno que señala el ritmo completo de las funciones fisiológicas; el adorno que negó la naturaleza a las razas inferiores, oscuras y salvajes; el símbolo de la lealtad; el distintivo de la aristocracia en sus orígenes; aquello que se les repelaba a los traidores, y por que juraban los caballeros sin tacha, como sobre sagrada reliquia!

Apenas podía creer que fuese realmente *barba* lo que orlaba mis mejillas con cerco de tan dulce sombra. Admirábame, a manera de hombre que ve cumplirse en su organismo, sin auencia de su voluntad, arcanas leyes de la naturaleza. Tocaba aquel vello oscuro, lo acariciaba, lavábalo con agua y jabón, pasábale el peine, y me costaba trabajo reprimir la tentación de ir a retratarme en seguida. Nunca hice tanto gasto de espejo como al punto en que me convencí de que era hombre barbado. En mí surgía, con la entera virilidad, secreto orgullo y cierta conciencia de la legitimidad de la pasión. Antes, cuando pensaba a solas en el enigma de mi enamoramiento loco,

y me acusaba por dejarme llevar sin defensa de la corriente romántica, solía buscando argumentos contra mí mismo, acordarme de mi faz casi lampiña, de mis mejillas lisas y redondas como las de una damisela, y del ligero trazo al difumino sobre el labio superior, único rasgo grave que realizaba una fisonomía por demás juvenil. Ahora me parecía que hasta el bigote se había robustecido y espesado, y contemplando mis ojos, agrandados por la enfermedad, y mis facciones, acentuadas por la transformación, sentía cual si hubiese subido un peldaño de la escala humana, pareciéndome que ya ni los grandes sentimientos ni las grandes acciones eran en mí ridiculidad.

Además--con algún rubor lo declaro--comprendía que mi exterioridad, lo que llamaba mi estampa Luis, había mejorado en tercio y quinto con la aparición de la barba. Claro que no pretendía darla de buen mozo, ni era semejante vanidad lo que me complacía, sino la idea de que en parecer *más hombre* se cifraba el principal y tal vez el solo cánon de la estética varonil.

Una cosa me cohibía, aguándome el gustazo de las barbas. Y era cierta deficiencia, no orgánica, sino social: la carencia de algo tan preciso para existir entre nuestros semejantes, en medio de nuestra civilización, como la sangre para el proceso biológico. Me faltaba, ¿quien no lo adivina? metal acuñado; y el metal acuñado es padre de todo aplomo y arronancia, y fundamento hasta de esa labor imaginativa que cristaliza en nuestro cerebro los ensueños y las aspiraciones poéticas. ¿Qué hace la criatura humana privada de tan indispensable emolumento? Ni aun la pasión es lícita al que carece de palanca de oro. Poned a un hombre en la fuerza de la juventud, con energía y plasticismo de ilusiones, y atadle las manos por falta de un pedazo de papel mugriento con la estrofe de Mendizábal o de Lope de Vega, y veréis que es bueno en materia de berrinches vergonzantes.

Sin dinero, solo no agacha las orejas el descarado petardistas, el corsario capaz de apostarse en la esquina de un callejón para dar caza a las pesetas ajenas, y que ya ha perdido esa delicada película de decoro que es al alma lo que al cuerpo la epidermis.

En aquella ocasión, la escasez de *guita* se traducía en mí por gran decadencia en el ramo de indumentaria. Entre la batalla de todo el invierno y el estirón de la enfermedad, no había prenda que me sirviese. Lo noté al vestirme para la primer salida, y cuando mi títí me despidió en la puerta, encargándome que «volviese temprano por causa del frío», me abochorné de mis pantalones rabicortos y de mi capa vetusta. «Parezco un cesante,» pensé con rabia.

Recuerdo que fué lo primerito de que hablamos Portal y yo mientras bajábamos, por las calles de Serrano y Lista hacia el paseo de la Castellana. Hacíamos rumbo al *candelero* de Colón, cuando dije a mi amigo:

—Chico, no hay cosa más cargante que no disponer de un céntimo. A veces me entran ganas de echarlo todo a rodar y marcharme a Buenos Aires. Con lo que se me basta para ganarme la vida allí. Es una ridiculez andar como ando, con este tipo y este pergeño, y no poder irse en derechura al sastre: «Hágame usted un traje de mezclilla, que estamos en primavera.» Aquí me tienes reducido a un *chupiturqui* que parece la chaquetilla del pirata Barbarroja, y a esta capa indecente. No nos acerquemos a Recoletos, que encontraremos conocidos. El descubridor de las Américas nos manda volver atrás.

Así lo hicimos. Portal, echando a broma mis contrariedades, me preguntó:

—¿Y para cuando son los sablazos a las mamás?

—¡Ya comprenderás que no deja de haberseme ocurrido! Por ahí acabaré..., pero me molesta. Mi madre hace demasiado; hace prodigios. No habrá otro remedio... Mal va a sentarla el petitorio, des-

pués de que mi tío la avisó de que le pasará la cuenta del médico.

—¿Eso hará?

—Eso. ¿Que te creías tú? Y lo prefiero. Me avergonzaría que pagase él los gastos de mi enfermedad. Gracias a Dios, correrá con ellos mi madre. Mi tío está sufriendo en su carácter un cambio, para empeorar, por supuesto. Antes era únicamente antipático. Ahora se ha hecho aborrecible. El menor extraordinario le sobrecita. Yo le atisbo y me froto las manos, porque veo que en mi títí se establece correlación de sentimientos, y que conforme él se vuelve más tacaño, más cominero y más duro, ella se retrae más, y la intimidad matrimonial se la lleva el diablo.

—Chacho—advirtió Portal deteniéndose, con el movimiento característico que ejecutamos cuando una conversación nos interesa—en la historia de tus tíos noto que armas unos embrollos psicológicos tales, que no ocurriendo nada en ese matrimonio, al menos exteriormente, cuando hablas tú parece que existe un drama. Ni comprendo al marido ni al galán. Explicáte.

—Verás--contesté, apoyándome en su brazo, porque aún me sentía un poco débil.—La situación me parece bien sencilla, aunque en ella, como en toda cuestión amorosa y matrimonial, hay siempre algo de inexplicable. Ni en amor ni en fisolofía conseguirás nunca entender las substancias. Soy el primero a reconocer que es una anomalía mi entusiasmo por esa mujer, ni conquistable ni hermosa.

—Sí, hijo, anomalía, o manía, hablando pronto—afirmó el oportunista.—He visto poco de eso. Si vivieses recluído en algún seminario... ¡Corcho! entonces... El hombre reprimido está expuesto a cometer *ene* disparates por una escoba con faldas. Pero teniendo libertad y la suerte de haberle caído en gracia a una hembra tan principal como Belén... ¿No sabes? Coche, ¡tiene coche ya!.. Tanto la calenté la cabeza

que la mujer no ha sosegado hasta exprimir al bol-sista. Lo sé porque ayer volvió a preguntarme por tu salud... La chica no te quiere enfermo.

—Déjame de Belenes--contésté.--¿Nos sentamos en este banco? añadí indicando uno entoldado por frondosa acacia.

—Corriente. Pero barremos la casa. Cofiéstate del todo. A ver si determino tu verdadero estado moral.

El sol, que picaba agradablemente, calentando mis piernas y mis pies y la parte de tronco que yo sacaba de la zona de sombra producida por el árbol, me infundía en las ideas claridad y optimismo, causándome a la vez cierta impresión que puede llamarse de *irrealidad de las penas*; benéfica operación mediante la cual el alma elimina el gas mortífero del dolor y respira el oxígeno de la esperanza, sin causa ni motivo, solo por la virtud reparadora que lleva consigo la existencia.

—También a mí—contésté—me han entrado ganas de hacer examen. Se me figura que vivo rodeado de fantasmas, y que esos fantasmas me los he forjado yo mismo. Se me ocurre sino habrá tal pasión, ni tal odio, ni nada. Chacho, ¿qué te parece?

Y al decirlo apoyé la mano en el hombro de Luis. Mi amigo, opuesto siempre a dar pábulo a la curiosidad de los transeuntes, y además muy poco demostrativo, al menos con los varones, se apartó, y dijo mirándome con un reposo lleno de inteligente sagacidad:

—Buena señal cuando conoces tu extravagancia. Capítulo primero. Hagamos historia. Mientrastabas malito, ¿te figuraste que la mujer de tu tío te manifestaba cariño, amor o qué sé yo qué?

—Tampoco entiendo lo que era. Ojalá fuese *amor*; pero pudo ser cariño, piedad, indulgencia.

—Y al cesar el peligro ¿cesaron las demostraciones?

—Sí, de repente. Hoy solo noto en ella... la simpa-

tía involuntaria que siempre noté; una especie de atracción, que, comparada a la repulsión que la inspira su marido... ya es algo.

—¿Y él? ¿Él? Capítulo segundo e importantísimo. ¿L se escama? ¿Hay celotipia?

—No. Casi no entró en mi cuarto.

—¿Y a qué atribuyes tú esa indiferencia?

—A dos cosas puede atribuirse: la primera a que mi tío no es tonto, y sabe de qué madera está hecha su mujer.

Portal, sin abrir la boca, dejó oír el sonido de una *u* repetida y prolongada.

—¿No lo crees? Segunda explicación. A mi tío su mujer no le importa. Nunca la quiso, y desde hará dos meses se ha despegado totalmente de ella.

—¿Por qué?

—Sospecho que por la boda de su padre, aquel señor de Aldao, que debe de estar ido, cuando hizo la melonada de casarse en secreto con una chiqueta hija de un cabo de carabineros, que tendrá dieciséis o diecisiete años y la mayor cabeza de viento que se conoce en las cuatro provincias. A mi tío se le atravesó la boda; empezó por armar escándalo con su mujer, lo mismo que si ella fuese responsable de las chochees del papá; y desde ese día casi no la ha vuelto a dirigir la palabra. Se está fuera todo el tiempo que puede, y escatima hasta un ochavo. Nunca fué espléndido; pero ahora sufre una crisis de avaricia. De rechazo,—no por celos ¡quía!—tiembla que yo le sea gravoso. Uno de los motivos por que no quiero hablarle del mal estado de mi guardarropa, es porque le creo capaz de ofrecerme prendas suyas de desecho. Te digo que está el hombre medio lunático; se figura que el señor de Aldao tendrá sucesión, y que la titi quedará desheredada, y anda caviloso; ninguna conversación le distrae; cuando la gente le pregunta qué le duele, responde que no sabe, que es un poco de murria... Sólo el verle da hipocondría.

Portal reflexionó algunos instantes, y clavando en mí las pupilas, intensas y escrutadoras, repitió:

—¿Estás seguro de que ese hombre no tiene celos?

—No—repliqué con energía.—*Siento*, conozco que no los tiene. Aunque me lo jurasen frailes descalzos. No tiene celos.

—¡Cosa más rara!-- murmuró mi amigo, sacudiendo la cabeza meditabundo.—Porque no puedo convencirme de que sea únicamente cuestión de la boda del suegro... Eso le pondría furioso unos días; pero las murrias no penden de la boda. Si no hay celos, otros disgustos habrá. Un paisano mío me dijo ayer que en Pontevedra andan muy mal las cosas, que el Santo del Naranjal le da de codo a don Felipe y protege a su gran enemigo Dochán, el que le hizo tanta guerra para que no le pusiesen en casa la oficina de Correos... En algo de esto consistirá; aunque, realmente, son motivos fútiles para tanto abatimiento. No lo entiendo. Nadie me quita de la cabeza que ahí hay *busilis*. Los celos sí que lo explicarían perfectamente; pero tú dices—insistió él muy porfiado—que celos no.

—Celos no. ¡Si lo sabré! ¡Ojalá los tuviese, y fundados!

—Oraciones de tontos no llegan al cielo. Y después de todo—añadió Portal rascándose una oreja—¿de donde sacas que no existe fundamento para celarse? ¿No me has repetido cien veces que ella le mira con repugnancia? Si tú lo notas, ¿no había de notar lo él? ¿Y no dices que ella te hizo muchas carantoñas mientras estabas enfermo? Pues auto en mi favor. Si él percibe algo, y al mismo tiempo nota que no le cae en gracia a su señora... blanco y migado...

—¡Te digo que no es eso!-- repliqué impaciente—Te digo que si fuese así, no me cabría a mí el gozo en el cuerpo, ni necesitaría tomar el sol para reanimarme. ¡Ay, ójalá! Pero naíta. Mi dicha ya sabes que carece de elementos positivos, y se funda en el nega-

tivo de sorprender en ella, no sólo la repugnancia misteriosa de antes, sino de algún tiempo acá, otro sentimiento más declarado y más activo. Sí; por mucho que se reprime y trata de no caer en lo que le parece una maldad muy grande, no lo logra, y el sentimiento renace más fuerte que su voluntad. ¿No sabes que yo la estudio constantemente?

—Ya lo sé... ¡Así estudiases las asignaturas! ¿Y qué más averiguas?

—Que antes era sólo repulsión, y ahora es aborrecimiento... No lo dudes, no. Mi felicidad no tiene otra base. Vivo de que le aborrezca. ¿Comprendes lo que en una criatura así significa el odio? ¡Ella, que es toda simpatía y caridad! Pues le odia. Yo la diseco: nada de cuanto hace puede escapárseme. Noto que por las mañanas, cuando vuelve de misa o del confesionario. se vence, le habla con dulzura, hasta con afecto, y no le mira, por no dejar asomar a sus ojos la luz de *aquello* que pretende encubrir a toda costa... Pero a medida que pasan horas, su vehemencia y espontaneidad vuelven a sobreponerse, y ¡créelo!, si la voluntad fuese un veneno... mi tío estaría muerto ya.

—¡Me asombras! ¿Y de qué nace ese odio?

—Ya te lo he dicho: en mi concepto, del actual modo de ser de él, y de que la antipatía enconada puede convertirse así, de pronto, en saña invencible. Yo no soy persona que haya sentido jamás impulsos de atentar a la vida de nadie; pero a mi tío, créeme que de algún tiempo a esta parte le hubiese escabechado de muy buena gana.

El oportunista pegó un brinco sobre el banco de piedra, y se puso a mirarme lo mismo que se mira a los locos, y a persignarse deprisa.

—¡Hijo... hijo... hijo..! ¡Esta es la cierta! ¡Rematado, rematado! No es un decir: te encuentro desequilibrado completamente; por Dios, sin tardanza, duchas, bromuro, régimen tónico...

—Déjame a mí. Cada loco con su tema--respondí

sonriente.—Mi gloria consiste en una quimera, ya lo se, y quimera extravagante... ¿Qué mal hago? A mí me basta, y a los demás no les importa. Estoy satisfecho con cierto paralelismo de sentimientos entre la mujer querida y yo. Si a mí me inspira repugnancia una persona, repugnancia le inspira a ella; lo que odio, ella lo odia: podrá no quererme a mí, pero nadie quita que sus afectos van al compás de los míos. Tú dices que mi tía es una mujer de otros tiempos, y que el espíritu cristiano y la religiosidad profunda que dictan sus acciones la hacen incompatible conmigo, que soy racionalista. Pues mira: podremos *entender* de diferente modo, pero *sentimos* igual. No lo dudes. A cualquier camueso que no conciba estas honduras y delicadezas, se le figurará que mi tío, el marido, su dueño, es el obstáculo que hay entre nosotros... ¡Memo quien tal crea! Mi tío es el lazo que nos une. No pienses que yo le quiero mal porque esté casado con ella. ¡Qué disparate! Ya sabes que mi tío me es antipático desde hace *ene* años... desde que nació; y que ahora mi repulsión se ha convertido en aversión... porque ella le detesta también. No hay más.

Mi amigo no contestó al pronto. Después exclamó, mirándome compadecido:

—Vámonos a casa. Tienes calentura.

—No creas que estoy trastornado.

—¡Si no digo trastornado! Pero tienes fiebre. Echas chispas por los ojos. Vas a recaer. ¡Precaución! Embózate... y a casita.

Cuando ya habíamos pasado más allá del monumento colombiano, Portal me dijo en el tono con que se da una mala noticia.

—¿No sabes quien está, en mi concepto, cien veces más malo que estuviste tú? ¿Pero sentenciadito?

—¿Quién?

—El empollón de Dolfos.

Así llamábamos en nuestra jerga amistosa y escolar a un pobre muchacho zamorano, muy corto de

alcances, compañero de estudios y también de hospedaje el año anterior. Era un chico apocado, insulso, tristón, el más tenaz y asiduo de todos nosotros, porque, huérfano de padre y madre, le pagaba la carrera con sus economías una abuelita casi octogenaria, que le había dicho: «No quiero morir sin verte ingeniero.» Su verdadero nombre era Restituto Suárez; pero por su patria y su aspecto triste, o, como dicen los portugueses, *soturno*, le habíamos puesto *Dolfos*.

—¿Qué tiene?—pregunté.

—¿Qué ha de tener? Lo natural. Que los cerebros son igual que los estómagos; no todos pueden resistir una misma comida, y comida fuerte: no todos son capaces de cenar langosta, verbigracia. Al infeliz se le ha indigestado el atracón de *binomios* y *polinomios*, *invariantes* y *covariantes*, *cononizantes de las cúbicas*, y otras hierbas. ¿Te parece a ti que no hay más que meterse eso en las casillas de la chola, de una chola pobre y sin *humus* ninguno? ¡Claro! como meier... se mete, a mazo y escoplo, a fuerza de pasarse muchas noches en blanco, de suprimir todo ejercicio, y de embrutecerse. El desgraciado de Dolfos no ha gozado, puede decirse, un día de asueto desde que es alumno. No le ha dicho jamás a una mujer: «por ahí te pudras.» ¡Si eso es vivir...! Y ahora está malo; malo de verdad. No prueba comida; tiene una tos blanda, que no me hace gracia ninguna; más flaco que un espectro... y dale que le das a los libros. Quiere ganar el año a toda costa. Como no gane la Sacramental...

Quedamos en que yo iría en breve a visitar a Dolfos. Según nos acercábamos a doblar la esquina de la calle de Alcalá, Portal me dió un empujón, exhalando un grito.

—Mira... mira quien va por allí...

Volví la cabeza. Al trote corto de un jaco no muy fogoso ni de sangre muy pura, rodaba paseo arri-

ba la victoria donde se reclinaba, provocativa y tímida a la vez, como suelen las mujeres de su oficio, Belén, mi pecadora. Ceñida por el corsé, realizada por el traje de paño verde y el redondo sombrero de castor con plumas, Belén parecía lo que era en realidad: una gran mujer, digna de precipitar al abismo a cualquier protector espléndido.

¡Cristo, en cuanto nos guipo! Porque estábamos situados de manera que sin vernos no podía pasar. Sus ojazos resplandecieron: la alegría se derramó por su bella cara, pálida y algo retocada de Blanquete; en su agitación, ni acertaba a decir al cochero que parase. Adiviné las intenciones, y arrastrando a mi amigo, me alejé, después de saludar a Belén con una sonrisa.

—Es capaz de hacernos subir al coche—dije a Portal.—Huyamos.

Ya en la Plaza de la Independencia, le pregunté por Mó.

—¿Qué dice la Gran Bretaña?

—Ayer me presentaron en casa de los padres—respondió mi amigo.—Otro día te contaré... o, mejor dicho, te llevaré allá. ¡Verás que gente!

III

Escribí a mamá una carta de estudiante legítima, que partía los corazones a fuerza de exagerar mi situación y el estado de mi guardarropa. «La capa imposible. He preguntado a un sastruco de mala muerte lo que costaría su arreglo, y dice que veinticinco pesetas poniéndole buenos embozos, y veinte si se los pone inferiores. Como la pobre está tan tronitis, creo que son de esta última clase los que se le deben echar. Mi sombrero, más indecente todavía que la capa; por donde tiene pelo, que no es por todas partes ni mu-

cho menos, lo tiene verde, casi color de esmeralda, y por donde no lo tiene, está cubierto de un barniz tornasolado de grasa, o de goma, o no se de qué, que revuelve el estómago mirarlo. Item. Mis pantalones mejores amenazan romperse. Los peores ya se rompieron, y además todos ellos me sirven para los brazos mejor que para las piernas. Por hoy basta de calamidades, pero conste que necesito ropa sin remedio.»

Toda madre atiende a estas demandas si la queda un solo céntimo disponible. Mamá me giró dinero para vestirme, aunque al mismo tiempo me encargaba la mayor parsimonia, quejándose amargamente por variar, de mi tío. Es cierto que el residir yo en su casa le ahorraba a ella parte de gastos de hospedaje; pero en cambio los de médico, que no habían sido flojos, los de botica, y todos los demás, de cualquier género que fuesen, recaían sobre la pobre señora, agobiándola precisamente aquel año, cuando las rentas habían descendido la mitad con la emigración y la baratura de los trigos *de fuera*.

Entre estas lástimas del orden económico andaban mezcladas otras que pertenecían a la esfera del sentimiento. Mi madre lamentaba que le hubiesen ocultado la gravedad de mi mal, porque, eso sí, para venir a verme en momentos tales, no le faltaría a ella dinero nunca. Añadía,—con aquella graciosa manera suya de confundir y barajar las cosas más incoherentes,—calurosas protestas contra el doctorcillo Saúco, un chico de nuestro país, «tan gallego como nosotros», que al año de estar en Madrid buscándose la vida, ya se creía con derecho a cobrar duro por visita, lo cual era todo un escándalo. «El médico de Cebre, que lleva tanto tiempo de práctica, me asiste por seis ferrados de trigo anuales.» ¡Cuarenta y pico de duros en médico! Este dato lo tenía mi madre clavado en el corazón, y, en su concepto, el hecho de ser gallego el doctor Saúco hacía más escandalosa